



DOSSIÊ TEMÁTICO

Sociologia Latino-americana II: DESENVOLVIMENTO E ATUALIDADE

Universidade do Estado do Rio de Janeiro – UERJ
Instituto de Estudos Sociais e Políticos – IESP

Núcleo de Estudos de Teoria Social e América Latina

Coordenação Geral: Breno Bringel e José Maurício Domingues

Coordenação Executiva: Pedro Borba

Sítio eletrônico: netsal.iesp.uerj.br

Email para contato: netsal@iesp.uerj.br

Dossiê Temático nº5 – **Sociologia Latino-americana II: Desenvolvimento e Atualidade**

Rio de Janeiro – Dezembro de 2015

Documento de apoio à pesquisa organizado pelos pesquisadores do NETSAL

Responsável Editorial: Pedro Borba

Capa: Clóvis Borba

DOSSIÊ TEMÁTICO

Sociologia

Latino-americana II:

DESENVOLVIMENTO E ATUALIDADE

Sumário

1. Apresentação	4
2. O legado de Leopoldo Zea para a América Latina: uma nota – Francini Oliveira	6
3. Notas sobre o CLAPCS na “era Costa Pinto” (1957-1961): construção institucional, circulação intelectual e pesquisas sobre América Latina no Brasil – Breno Bringel, Leonardo Nóbrega, Felipe Macedo, Lília Macêdo e Humberto Machado	10
4. La sociología en Argentina: apuntes para un estado de situación – Lucas Rubinich	19
5. La sociología en Chile hoy – Kathya Araujo	30
6. Un breve balance de la sociología en México – Enrique de la Garza Toledo	37
7. Resenha de “ <i>¿Qué significa pensar desde América Latina?</i> ” de Juan José Bautista S. – Natasha Bachini	43
8. Apêndice – Coordenação Executiva NETSAL	51

6. Un breve balance de la sociología en México

Enrique de la Garza Toledo¹⁴

La Sociología como disciplina académica apareció en México en 1875, cuando el ministerio de Educación de la Dictadura de Porfirio Díaz, Justo Sierra, la estableció como cátedra obligatoria en la Escuela Nacional Preparatoria de reciente creación. La principal corriente sociológica que llegó a México antes de la revolución de 1910 fue el Positivismo de Augusto Comte, introducido por uno de sus discípulos directos, Gabino Barreda, que con Justo Sierra se combinó con el evolucionismo de Spencer. Fue tan importante como doctrina legitimadora del “orden y progreso” de la Dictadura que se convirtió en la guía ideológica del grupo intelectual-político dominante durante la misma: los así llamados “científicos”. En este caso, la evaluación de Marcuse (1972) acerca del papel conservador de la Sociología en sus orígenes se cumplía plenamente al condenar ésta en México a la Revolución. Esta Sociología tenía una función plenamente ideológica para justificar la Dictadura, de tal forma que nunca se tradujo en programas de investigación empírica.

Tras el triunfo de la Revolución iniciada en 1910, el rechazo al positivismo era igualmente ideológico y su sucesor, el Positivismo Lógico, tendría que esperar muchos decenios para ser estudiado en el país. Por lo pronto, los años 1920 y 1930 fueron de ajuste de cuentas con el Positivismo originario a cargo de un espiritualismo Bergsoniano y de un marxismo de manual de academia de la URSS. La transformación de la Sociología de fondo vino hacia finales de los años 1930 desde dos perspectivas: la más profunda, la de los intelectuales españoles que arribaron al país a raíz de la derrota de la República, entre los que predominaban los Historicistas a la manera de Dilthey, y los fenomenólogos. Muchos de estos intelectuales eran filósofos profundos, concedores de la llamada “disputa de los métodos” (Positivismo Lógico y Hermenéutica) que se desarrollaba en Europa desde inicios de aquel siglo.

Trajeron a México la presentación de la Hermenéutica, sin haber en el país Positivistas Lógicos del mismo nivel. Sin embargo, no fueron promotores de investigaciones empíricas. Su discusión se desarrollaba en un nivel más abstracto, el de la ontología y la epistemología. Ante este vacío de propuestas alternativas de cómo investigar, un extraño personaje llamado Lucio Mendieta y Núñez, abogado, se volvió el eje de las directrices de segundo nivel de la teoría, con respecto de la discusión profunda pero muy abstracta de los españoles. A finales de los años 1930 fundó el Instituto de Investigaciones Sociales en la UNAM y la Revista Mexicana de Sociología, que hasta los años 1970 fueron las instituciones que guiaban el cómo hacer sociología en México. Sin

¹⁴ Professor e pesquisador da Universidad Autónoma Metropolitana, México.

embargo, aunque se dieron a conocer muchas teorías sociológicas de alcance medio en los años 1940 y 1950 y la metodología del hipotético deductivo se filtró a través de la publicación en la Revista Mexicana de Sociología de uno de los primeros manuales norteamericanos, la investigación empírica tuvo que esperar en general hasta los años 1960.

Fue en esa década cuando se inició propiamente la investigación empírica sociológica en México. El texto que dio el banderazo fue *La Democracia en México* de Pablo González Casanova, obra de investigación empírica de acuerdo con el Hipotético Deductivo, pero en donde teóricamente se combinaban a Marx con Weber y otros autores. Sin embargo, este positivismo implícito llegó en mal momento, puesto que los aires libertarios empezaban a correr por América Latina y por México. Fueron los años de despegue de las teorías de la CEPAL sobre el desarrollo en América Latina, que pronto se reconvirtieron en teorías de la dependencia (véase el clásico texto de Rodolfo Stavenhagen, *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*). De este modo, el positivismo como forma de investigación empírica no fructificó ampliamente frente a planteamientos dependentistas, supuestamente de inspiración marxista orientados por el método histórico-estructural. El hecho es que en la sociología mexicana no hubo polémica con el positivismo lógico ni conocimiento profundo de sus fundamentos. Otro tanto pasó con el Funcionalismo de Parsons. En México nunca hubo período funcionalista de la sociología, primero, porque llegó tardíamente (años 1970), y segundo, porque llegó en un decenio en el que el marxismo dominaba ampliamente el panorama de la sociología. Sin embargo, sin dar la polémica en el plano teórico o epistemológico, en esa década se hicieron las primeras investigaciones empíricas de gran aliento, con muestras muy grandes, usando los recursos estadísticos de la época. Las grandes temáticas de investigación estaban muy vinculadas con preocupaciones marxistas, tanto en su versión dependentista como no dependentista: movimiento obrero, movimiento campesino y urbano-popular, estructuras agrarias y urbanas, corporativismo y Estado, autoritarismo estatal, régimen de partido casi único, presidencialismo, socio-demografía del mercado de trabajo, marginalidad, movimiento estudiantil. Se producían amplias conexiones transdisciplinarias entre la Sociología, la Economía y la Ciencia Política a través del concepto de Modelo de Desarrollo y el de Dependencia (Arguedas, et al, 1979).

Los años 1980 fueron en México de instauración del Neoliberalismo que, como veremos, ha tenido amplias repercusiones en el quehacer sociológico hasta la fecha. En esos años la institución más influyente de la Sociología se desplazó del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM hacia El Colegio de México. El primero más influenciado por el marxismo, el segundo por el positivismo lógico e impulsor del método hipotético deductivo. Son años de declive de la protesta, que había sido tan amplia y tan intensa en la década anterior. Aunque los nuevos profesores de las Universidades venían de ese activismo, y lograron mantener vivo al marxismo durante la década, ahora sí estaban en lucha con el funcionalismo. Son años de crisis de la teoría de la Dependencia, de gran emergencia de las corrientes anti-positivistas, hermenéuticas y postempiristas en el mundo y que llegaron tarde a México. Sea como fuere, en el plano teórico el funcionalismo no llegó a consolidarse, ni el positivismo lógico en epistemología. Aunque en la investigación empírica hubo diversidad, expresada sobre todo en la competencia

entre técnicas cualitativas y cuantitativas, ganaron terreno las segundas difundidas no por epistemólogos sino por estadísticos.

Peculiar situación la de los 1990. Se difundieron ampliamente nuevas teorías sociales como las de Habermas, Giddens, Bourdieu, Foucault y Luhmann. Entre los filósofos sí se dio la polémica contra el positivismo y la hermenéutica y de ésta con el realismo. Pero en un ambiente epistemológico anti-positivista, los investigadores sociales no encontraron inspiración de cómo investigar, por el profundo relativismo y hasta agnosticismo de las corrientes hermenéuticas y postempiristas (Gadamer, Foucault, Kuhn). Empieza, así, la época actual de la dispersión teórica, diferente de los períodos anteriores al 1980, en los que había hegemonías de corrientes. Tampoco se desarrollaron grandes polémicas entre las corrientes. Pareciera que los investigadores adoptaban conceptos más por moda que por discusión profunda de sus fundamentos (además de que ya no habría fundamentos según las corrientes dominantes en la epistemología internacional). Hasta la fecha, no hay una corriente teórica en la Sociología en México que pueda reclamar su dominancia. Es decir, hay actualización teórica en el país, pero con superficialidad. En estos años decaen el Movimiento obrero y el interés de los académicos por el mismo. Surgen también las primeras formas de reestructuración productiva en grandes empresas (tecnología, organización flexible, cultura) que inauguran nuevas transdisciplinidades lideradas por la sociología, que trajo al país a las teorías de la Regulación, de la especialización flexible, las neoschumpeterianas, entre otras. De forma más concreta, la sociología del trabajo tuvo un importante repunte y a destiempo se conocieron las corrientes francesa (Touraine, Friedman y Naville) e inglesa (Hyman), principalmente. En la sociología política, se debilita la visión marxista en un contexto neoliberal que privilegia las teorías de elección racional, a la vez que se fortalece en los estudios empíricos el análisis estadístico (Andrade y Leal, 1994).

La forma que adquirió en México el clima internacional anti-fundacionista y de crisis de paradigmas, así como la postmodernidad, fue la de adopción de múltiples marcos teóricos, de predominio de la investigación empírica implícitamente positivista, pero conviviendo con el cualitativismo. Las temáticas se diversificaron, aunque fueron muy relevantes temas como las migraciones, la transición del sistema político a una supuesta democracia, la identidad y la subjetividad, los efectos de la globalización y del neoliberalismo. Es decir, no obstante las temáticas se revitalizaron y las teorías adoptadas conceptualmente también, cesaron las grandes polémicas y, en todo caso, se mantuvieron restringidas a lo muy especializado (Paoli Bolio, 1990). La Sociología se fragmentó en muchas especialidades con comunidades diferenciadas y formas de entender cómo hacer investigación también. En otras palabras, una diversificación de enfoques teóricos, traídos sobre todo por egresados de Doctorados de los países desarrollados, que reproducen aquellos manejados por sus mentores y su círculo (Zabludovsky, 1997).

La escisión con la epistemología es casi total en los 1990. Ésta se había vuelto mayoritariamente relativista y no proporcionaba e incluso desautorizaba, en general, la búsqueda de la verdad. No podía proporcionar guías para la investigación social, desde el momento en que muchas de las doctrinas más influyentes profesaban una profunda desconfianza con la ciencia. No significa que por ausencia de alternativas todos los investigadores cayeran en brazos de un positivismo, endeble en fundamentos pero con

recetas fáciles de entender. Aunque no dejaron de desarrollarse investigaciones inspiradas en la fenomenología de Schutz, los interaccionistas o etnometodólogos, o la Antropología comprensiva. Es decir, las corrientes hermenéuticas menos radicales, o bien dejando entre paréntesis su relativismo del poder determinante del saber en Foucault. Lo que no encontraremos en el plano nacional es un debate acerca de los fundamentos que llevaran a rechazar al positivismo y adoptar corrientes como las mencionadas. En la Teoría Sociológica predomina el perfil de comentarista de textos, al grado de poderse afirmar que no hay actualmente creadores de Teorías. Los temas de investigación preferentes son diversos, pero destacarían, una vez más, las migraciones, el género, los nuevos movimientos sociales, los sociodemográficos del mercado de trabajo, el sistema político, la cultura política, las identidades y subjetividades, la globalización y el neoliberalismo. Habría que anotar que para finales de los 1990 se extiende la impresión, entre los académicos de la sociología, sobre el fracaso del neoliberalismo en lo económico, para paliar la pobreza y la desigualdad, así como de la reforma política para conducir a la democracia.

Es en esta década cuando se consolidan los mecanismos institucionales de control de la academia. En México no hubo dictadura militar en los 1970, aunque sí un régimen bastante autoritario. Las Universidades no fueron desmanteladas, como en Chile o en Argentina, y los estudios sociológicos no fueron suspendidos como es esos países. Al instaurarse el neoliberalismo ha mediados de 1980, el nuevo orden no contaba en general con la academia porque esta venía del movimiento del 1968 y tantos otros movimientos sociales que emergen desde entonces. La opción gubernamental fue crear una institucionalidad que ha metido a la academia en un sistema de investigación productivista en donde lo que cuenta no es el compromiso con lo que se investiga, sino ser aceptado por el sistema. Esto se traducirá en puntajes que se reflejarán en ingresos adicionales a través del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), de los sistemas de becas y estímulos de cada Universidad y de muchos programas de canalización de recursos para la investigación en financiamiento de proyectos, para redes de investigadores y para revistas aceptadas por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). No se trata de pequeños montos, sino un sistema que ha estratificado muy fuertemente el ingreso monetario de los académicos con implicaciones en el prestigio y en el acceso a otros recursos para investigar.

La primera consecuencia fue en la metodología, ya que la burocracia del Conacyt determinó formatos para presentar proyectos de investigación de corte positivista. Esto marca cómo tienen que funcionar los investigadores para ser más probablemente aceptados. Es decir, el positivismo se ha afianzado en México en plena época relativista no por debate kuhniano entre paradigmas, sino por imposición institucional. Para esa perspectiva, el hipotético deductivo es prácticamente *el* método de la ciencia, como si estuviéramos en los 1960; la cuantificación es preferida a la cualificación; y hay un privilegio del dato sobre la reflexión teórica. Los sociólogos hasta cierto punto lo han interiorizado y, si no lo aceptan, lo asumen para poder prosperar. Las normas institucionales, establecidas no por intelectuales de importancia, presionan también en cuanto a cuáles temas son válidos para investigar (por ejemplo, el desprecio que reciben las investigaciones acerca de trabajadores frente al ensalzamiento y apoyo de los estudios

sobre innovación en las empresas que ignoran al trabajo). A pesar de todo, no cesa el debate en cuanto a las bondades del neoliberalismo (en lo rural, urbano, para los jóvenes, las mujeres, los indígenas, vinculado con la violencia, el narco) y los sociólogos se han inclinado más hacia el campo del pesimismo, sin vislumbrar salidas razonables.

Un efecto perverso adicional de los sistemas de estímulos ha sido el desencanto acerca de los movimientos sociales de los académicos de la sociología, su alejamiento de los movimientos sociales, que ha llevado a discusiones meramente abstractas rayando lo bizantino. Además, las antiguas formas de vincularse con los sujetos sociales (típicas en años 1970 y 1980) hacen perder el tiempo y no resultan en productos académicos legítimos en un contexto neoliberal (Maya López, 2005). Como consecuencia de todo eso, el vínculo discursivo más importante con el palpitante del país no corre a cargo de investigadores, sino de un nuevo actor: el formador de opinión en televisión y radio.

El sistema productivista reseñado sí funciona en términos de producción y de productividad de artículos, libros y ponencias en congresos. Un estudio reciente muestra que, entre 2005 y 2011, el número de artículos indexados de sociología en México fue de 1603. En tipos de revistas, las sociológicas fueron las primeras en ciencias sociales. En número de artículos la sociología fue el número 2, después de los de educación. Del total de artículos en ciencias sociales, el 13.4% correspondieron a sociología y, en general, hay una tendencia decreciente con el tiempo (Contreras, et al., 2014). Al mismo tiempo, la política gubernamental de apertura de Doctorados de calidad (certificados) en provincia provocó que la existencia histórica de instituciones emblemáticas de la sociología (el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, primero, y luego El Colegio de México) se viera desplazada por otras instituciones especializadas en temas que las dos primeras no podían abarcar o en los que no tenían la primicia. Así como no puede hablarse actualmente de la hegemonía de una corriente teórica en la sociología mexicana, lo mismo vale si pensamos una u otra institución en particular.

Sin embargo, a pesar del aumento de la producción y de la productividad en la sociología mexicana, su impacto social es muy dudoso. Hay un control burocrático sutil de temáticas, métodos y formas de presentación de resultados, sin que haya una evaluación directa de la calidad, excepto por número de citas. La contraparte del productivismo es la “evaluacionitis”, que imprime un ritmo continuo de evaluación por parte del Conacyt, de la subsecretaría de educación superior, de las propias universidades, de las redes, las revistas, los postgrados, etc.).

Además del ingreso monetario y de los apoyos a la investigación, el “prestigio” se mide por el nivel en el sistema nacional de investigadores (I, II o III), en la escala de evaluación de estímulos de la propia Universidad (por ejemplo A, B, C, o D); si se pertenece a cuerpos académicos consolidados o a redes; si una revista en la que se publica forma parte de padrón de excelencia del Conacyt, y así por delante. Al académico sólo le queda adaptarse a las reglas, sin mucha discusión acerca de éstas que, junto con el envejecimiento de la planta de profesores e investigadores (60 años en promedio de edad), han generado una planta de investigadores esterilizada para los grandes debates, algo muy diferente a lo que vivía esta generación en sus inicios (post 68). Las nuevas generaciones, además de las dificultades para ubicarse en las Universidades (los antiguos no se quieren jubilar; la jubilación no es obligatoria, porque verían muy mermados sus ingresos),

nacieron y vivieron en el neoliberalismo. No pasaron por las experiencias de sus predecesores (las grandes insurgencias de masas de los 1970), formados o influenciados, por contrapartida, en el relativismo o en la postmodernidad.

En suma, en la sociología mexicana hay una pérdida de la conciencia teórica y/o epistemológica, regida más por las modas y por los estímulos y becas. Este ha sido el saldo del neoliberalismo: producir sin pensar; “neutralidad” sin crítica; una academia domesticada. Para salir de este marasmo será necesario un impulso que venga del exterior, de los movimientos sociales o políticos, que conmuevan las conciencias y ayuden a recuperar la memoria.

Bibliografía

Andrade, A., J.F. Leal (1994) *La Sociología Contemporánea en México*. México, D.F.: UNAM.

Arguedas, Leda, et al., (1979) *Sociología y Ciencia Política en México*. México, D.F.: UNAM.

Contreras, Oscar, et al. (2014) *Informe sobre la producción en México en Ciencias Sociales y Humanidades*. Tijuana: COMECOSO.

Marcuse, H. (1972) *Razón y revolución*. Madrid: Alianza Editorial.

Maya López, Laura (2005) “A Veinte Años de Sociológica”, v.20, No. 59, sept-dic

Paoli Bolio, F. (1990) *Desarrollo y organización de las Ciencias Sociales en México*. México, D.F.: Ed. Porrúa.

Zabludovsky, Ginna (1997) *Teoría Sociológica y Modernidad*. México, D.F.: Plaza y Valdés.